

REVISTA CHILENA.

---

# RECUERDOS DEL PASADO

## RASGOS DE LA VIDA INTERNA

DEL CHILENO DON JUAN ANTONIO RODRIGUEZ, ANTIGUO I CONOCIDO  
COMANDANTE DEL FUERTE DE SAN RAFAEL EN LA FRONTERA  
PATAGÓNICA DE LA PROVINCIA DE MENDOZA.

1830—1848

**¡VIVA LA FE DE CRISTO I LA RAZON!**

---

*San Rafael, a 11 días de marzo de 1843.*

AL CABALLERO DON V. P. R.

Mui señor mio i mi dueño :

La fama de su buen nombre ha llegado hasta aquí, i por lo mismo, mi escaso valimiento anda, con cortedad, en procura de su amistad, que espero no se la mesquinará a quien se la pide de veras.

Ei le mando esos cuatro terneros para que los tome en compañía de sus amigos, i tambien, para lo que es el uso de su montura, aunque Ud. los tendrá mejores por Colchagua, esos seis potreros mansos que no son al todo despreciables.

Para que es hablar de la gran escasez de pólvora fina i de trabucos de cintura en que estamos por acá. En fin, señor don Vicente, aquí quedamos rogando a Dios que le aumente la salud, i no le dice mas este su amigo que servirle desea.—*J. Antonio Rodriguez.*

Junto con esta inesperada carta, recibí cuatro hermosos bueyes, que han sido los mayores que he visto en mi vida, i tres parejas de preciosos caballos.

¿Quién podría ser este hombre que sin conocerme me obsequiaba, i que sin pedirme me pedía?

---

En el año de 1833, ni aun en Europa se sospechaba, que trilladoras mecánicas habian de venir un día, a fuerza de perfeccionadas, a suplir allá en gran parte el uso del azote, i en Chile el de las yeguas en las cosechas de cereales: i ya que de máquinas hablamos, se ocurre preguntar, ¿qué razon tendrá la humanidad para erijir estátuas a los seres que se adiestran en hacer i en usar máquinas para acortar la vida, i no a aquellos que se desvelan en hacer i en usar aquellas que sirven para prolongarla?

A Pitt i a Ramsoms no solo debe la agricultura chilena, junto con la celeridad del trabajo, la seguridad de la cosecha; sino tambien el gozar de años rurales que para el trabajo, constan ahora de catorce meses, en vez de los doce de que ántes constaban.

El que pudo devolvernos para el trabajo activo en la época de las cosechas, medio millon de brazos, que sin producir consumian, aguardando meses enteros la merced del viento, para liquidar el trigo, ¿no mereceria, mejor que otros muchos, estátuas que le presentasen a la veneracion de la posteridad agradecida?

Perdóneseme el preámbulo en obsequio de la intencion, i vamos adelante.

Como en la falda septentrional de la cuesta de Quiahue, en los confines marítimos de la vieja Colchagua, vejetaba en 1830, como tantas otras semillas de pueblos mal plantados, un lugarejo que llevaba el nombre de Loló. La estacion del año, a que se refieren estos recuerdos, era la de las trillas; jénero durísimo de trabajo que aquellas buenas jentes soportaban a fuerza de alegres intermedios de harpa, de guitarra, i de harta chicha, para hacer correr el polvo que se les pegaba en el gasnate.

La trilla i los rodeos en las propiedades rurales, eran festividades que convidaban sin convite, i que daban hospitalario asiento en ellas, a cuantos comedidos pudiesen disponer de un buen caballo: i como en la estensa i cómoda enramada que se colocaba siempre a inmediacion de la faena para el recreo i solaz de los vo-

luntarios, nunca faltaban el trago i el buen canto, ni ocasiones de lucir el garbo i el caballo; debe prudentemente deducirse, que no siempre reinaba en aquellos espectáculos, en los cuales eran todos actores i espectadores a un mismo tiempo, aquella envidiable paz i aquella concordia, que debe reinar entre los príncipes cristianos; máxime si llegaba a terciar en el corrillo algun *Lacho Guapeton*.

El Lacho Guapeton, tipo puramente chileno, casi olvidado en el día, era entónces la viva encarnacion del caballero andante de los siglos medios, con poncho i con botas arrieras; por su modo de vivir, por sus gustos, i por sus tendencias. Como él, buscaba aventuras; como él buscaba guapos a quienes vencer; entuertos que enderezar, i tambien derechos que entortar, i doncellas a quienes agradar, unas veces con comedimientos, i otras veces sin ellos, pues los hubo descomedidos i follones ademas. Así como el caballero andante no perdonaba tornéo donde pudiese lucir su gallardía i el poder irresistible de su lanza; primero faltaria el sol, que faltar el Lacho Guapeton en las trillas, en los rodeos, en las corridas de caballos i en cuantos lugares hubiese muchachas que enamorar, chicha que beber, tonadas que oír, cogollos que obsequiar, jenerosidad i garbo que lucir, i pechadas i machetazos que dar i recibir, aunque no fuese por otro motivo, que por haber rehusado beber en el mismo vaso.

Cuatro días llevaban corridos los trabajos de la trilla de Loló, sin que nada hubiese turbado hasta entónces ni la marcha de la labor, ni sus alegres intermedios; mas llegó el quinto, i como con él llegase tambien el fin de fiesta, fué de ordenanza despedir el auditorio con una alegre trasnochada, supliendo la ausencia del sol a punta de fogata. A poco andar, pues, se hizo tan jeneral la alegría en la enramada, que segun el decir de los entrantes i salientes estaba aquello que se ardía!

El dueño de casa se habia esmerado por despedir réjicamente a sus huéspedes; nada faltaba en el sarao: harpa, rabel i guitarra; ponche con malicia, vino, arrollado, i ternera con harto ají.

Gozando de esta bien aventuranza i reclinado sobre una cantora, se veía, vaso de ponche en mano, un gallardo huaso como de cuarenta años de edad, de tez tostada, músculos fornidos i ademan resuelto. Era éste el mentado haragan Francisco Araya, antiguo barretero de Alhué, aquel que puso el sello a la fama de su valor brutal i sereno, sosteniendo, puñal en mano, i el pié izquierdo atado al de su contrario igualmente armado, aquel atroz desafío, en

el que sin ultimar al rival, le hizo confesar que era ménos hombre que él. Encontrándose de tránsito en Loló, era de presumir que quien hacia gala de camorrero no habia de hacer falta en la enramada.

Al frente de este tal, pero al lado de afuera a veces oculto por la sombra, i otras veces iluminado por la luz intermitente de la fogata, se veia un jinete al parecer entretenido con el espectáculo de aquella alegre borrachera. Este nuevo personaje que por su traje i apostura, parecia pertenecer a la aristocracia lololense, i que era alto de cuerpo, bien proporcionado, de rostro blanco i encendido, de ojos azules, de nariz aguileña de pelo rubio i bigote colorado solo daba indicios de terciar en aquella fiesta, por tal cual tonadilla, que mirando al cielo, entonaba entre dientes a cada baladronada de las muchas que a cada instante, echaba el maton Araya.

En uno de los intermedios de canto, un roto loloreño, cansado de no oír mas voz que la de Araya: «no hable tanto, patron,» le dijo con acento socarron, «que donde hai hombre hai hombre, i en Quiahue no falta quien pueda decir al teniente que miente; porque de donde ménos se piensa suele encumbrarse una perdiz.»—Araya al ver la traza del interruptor, soltando una estrepitosa carcajada exclamó: «¿Una perdiz, i en Loló? Ojalá volasen dos, porque con una me quedaria con hambre: mire ñor-usted, ¿sabe que mas? que todavía no ha nacido el que sea capaz de dar palmada a Pancho Araya, i para que conste, para nadie van a haber cogollos esta noche, sino para quien me diere la regalada gana; i chiste alguno!»—No habia terminado el atrevido reto cuando el desconocido del vigote rojo, saltando del caballo dió al maton un encontron con el hombro, i sin dejar de mirarle de alto a bajo, de un solo tajo revanó las cuerdas del harpa con su puñal. Este inesperado incidente heló la sangre de los circunstantes, produciendo en todos un silencio mortal: solo hablaron las airadas miradas de estos dos singulares antagonistas, lanzando rayos que envolviendo mútuas sentencias de muerte, si hubiesen sido de acero, al encontrarse hubieran poblado de chispas el espacio. Entre hombres de este temple pocas palabras. Los dos se comprendieron; i sin mas demorar, haciéndose un ademan amenazador, se lanzaron fuera de la enramada en busca de sus caballos. Cada cual ocurrió por su lado a hacer otro tanto, i con un silencio aterrador, un momento despues, un círculo de hombres montados cerraba el palenque, en

cuyo centro, machete en mano, se embestian ciegos de cólera estos dos estremados jinetes; choque espantoso que solo cesó cuando el ronco alharido de la muerte hizo rodar a un cuerpo herido, a los piés del caballo de su vencedor.

Don Juan Antonio Rodriguez, en leal i caballeresco desafío, acababa de abrir el cráneo de Araya con un poderoso machetazo.

---

Saliendo del árido territorio que ocupan, los ántes mentados, cerrillos de Teno, pasado el rio de este nombre, i encaminándose al oriente, siguiendo el cajon de cordilleras que le sirve de lecho, se entra en el pintoresco i frecuentado camino que conduce al boquete del Planchon.

Quien solo haya recorrido nuestras cordilleras desde Santiago a Atacama, no es posible que se forme idea cabal del abundante jérmén de riquezas agrícolas i fabriles que encierran los misteriosos valles de las del sur. Hermosa i siempre verde vejetacion: a cada paso poderosas cascadas que son otras tantas económicas fuerzas motrices al lado de las materias primeras que las requieren para ser utilizadas: clima mas benigno en muchos de los valles rodeados de nevados crestones, que en los que habitamos al pié de los Andes; en ellos la vid, el naranjo, i las flores delicadas, no están tan espuestas a destructoras e imprevistas heladas, como lo están las plantas que cultivamos en los valles centrales de la República. Lugares hai donde la humedad natural, sin ser excesiva, excluye la necesidad de los riegos; i en los cuales las alfalfas, para su desarrollo i su sosten, solo requieren ser sembradas una sola vez. El camino de Teno hácia el Planchon, desde que se sale de los cerrillos, es, en los primeros escalones de la sierra, un risueño i prolongado parque, dotado con todos los vistosos i raros atractivos que solo la naturaleza sabe crear; i en los últimos, el conjunto severo e imponente, de cuanto puede necesitar el sabio para leer en él los misterios del segundo tiempo de la formacion del globo.

A medida que se avanza en el ascenso, la vejetacion parece resentirse del vacío de la altura, puesto que se la ve disminuir de lozanía i de tamaño; así es que pasado el resguardo de los Quenes ya comienza el viajero a ver convertidos en enanos las mismas especies de los corpulentos árboles, que a pocas leguas de distancia, asombran con su altura. Este fenómeno se hace mas

palpable aun, a medida que se va llegando a la rejion de las nieves eternas; pues los cipreces que aun vejetan casi en la misma ceja de los planchones, solo alcanzan una altura de tres pulgadas i son ya viejos. Antes de llegar a tan áridos lugares comienza e viajero el repecho del volcan de Peteroa, cuyo morro con su inmenso cráter, comparte las aguas entre Chile i la provincia de Mendoza.

En el cráter mismo de este volcan, siempre en actividad, aunque no con fuerza, se encuentran algunos corralones de lava mezclada con hielo empedernido; i aquí i allí, tal cual grieta, por donde algunas fumarolas desahogándose con bufidos, llenan el aire de vapores asufrados. Uno de esos corralones lleva el nombre de plaza de armas, i en él aloja forzosamente el viajero, para poder sin peligro, cabalgando en caballos descomidos, alcanzar de una jornada al tranco, al paso de las Yaretas, que es donde puede considerarse ya libre de las aterradoras nevadas que caen con frecuencia, en la helada i blanca planicie de la meseta superior de los Andes que media entre la plaza de armas i el citado portillo.

Sobre la escabrosa superficie de este planchon conjelado, se alzan de cuando en cuando aquellos fantasmones de puro hielo que llaman penitentes, cuya blancura semejante a la del cristal esmerilado, hacen resaltar los negros i áridos crestones de las rocas acautiladas, que así sirven de bordo al ventisquero como tambien a hondos precipicios que espumosas nieves ocultan a la vista del viajero.

En la fresca mañana del 18 de febrero de 1830 al traves de la neblina producida por las fumarolas del Peteroa en la Plaza de armas, se veian cuatro hombres i un cabo, que teniendo tanto de soldados quanto de rústicos patanes, se empeñaban en ensillar a toda prisa sus caballos, para proseguir un precipitado viaje hácia el oriente. Eran chilenos; i como soldados armados no podian trasponer la frontera; parecia deducirse de aquí, que en vez de ser viajeros, debian andar al alcance de alguno de los muchos criminales, que en aquel entónces buscaban, como ahora buscan, la impunidad de sus maldades en las Provincias trasandinas.

El perseguido, si a alguien perseguian, debió pasar la noche anterior, por el mismo lugar donde ellos se encontraban; pero no habia dormido allí. Rastros recientes de sangre que conservaba el hielo, en direccion a las yaretas, indicaban que un solo caballo habia pasado por allí, i que este iba mui cansado i ademas herido

en las manos: era pues evidente que apresurando la marcha, podría alcanzársele ántes que entrase en sagrado.

Despues de algunas horas de marcha siguiendo el rastro por senderos i pasos, desconocidos hasta entónces, por el que hacia de jefe en el piquete, sin descubrir nada que pudiese alentarle en aquella penosísima tarea, ya comenzaba a desmayar cuando llamó vivamente la atencion de un soldado, la presencia lejana de un objeto negro, que parecia tirarse a ocultar tras de un crestón de nieve. Cobrando entónces nuevos brios precipitaron la marcha, mas al llegar al helado *penitente*, no fué poca su sorpresa i su desconsuelo, al ver tras de él, en vez de la persona que buscaban a un solo caballo muerto i a medio ensillar. Al abrigo del témpano habia pasado la noche el fujitivo; ¿pero dónde encontrarle ya? El rastro de sangre terminaba allí, el de pié de hombre apénas dejaba señales en el hielo. La vergüenza de haber sido burlados en su propósito; por que era efectivo que a alguien perseguian, les impulsó a seguir acelerados a tomar posesion del único paso que entre dos enormes i negros farellones se divisaba a corta distancia; pero llegaron tarde; pues solo vinieron a cerciorarse de que habian alcanzado al fujitivo, por el estruendo que hizo al quebrarse un enorme alero de nieve suspendido sobre un abismo, cuyo fondo encubria un grueso lecho de esponjosa nieve, sobre la cual, de tan tremenda altura habia lanzado la desesperacion el misterioso perseguido!

Atónitos los perseguidores, acompañaron con un grito de espanto, aquel arranque de desesperado valor; i aun no se habian apartado de la orilla del precipicio que burlaba sus esperanzas, cuando alcanzaron a ver debatirse entre el fofo i blanco lecho que encubria el fondo del barranco, a un hombre vivo que saliendo cubierto de nieve al lado opuesto, sacudia tranquilo la manta i un cuero que llevaba consigo.

Don Juan Antonio Rodriguez se habia salvado!

---

Don Juan Antonio Rodriguez no salió pues de su país cual suele un malhechor avezado en la carrera del crimen. Salió por una de aquellas calamidades que ni la misma prudencia puede a veces evitar, i que la lei no perdona.

Nacido en Chile en los confines marítimos de la antigua Colchagua, de una familia honrada i bastante pudiente para ser teni-

da en algo por los hijos del departamento de San Fernando, su educacion habia sido bastante esmerada, para la que se daba en Chile, en tan apartado lugar en el año de 1790. Leer mal, escribir peor. i apénas contar; ésto, i las rutineras máximas de moral que esplicadas por la ignorancia, mas conducen al fanatismo que a los sentimientos de una verdadera relijion, fueron las ocupaciones de sus primeros años. Llegado a la edad de pubertad, su constitucion de hierro, su estraordinario arrojo en el manejo del caballo, su valor que llegó a hacerse proverbial, su juicio sarcástico a la par que festivo, i sns liberalidades sin límites, le *granjearon* una reputacion provincial, que hasta ahora no desmiente el recuerdo que aun queda en Quiahue de este tipo del *lacho guapeton*.

Oculto, pero siempre perseguido por el acecho despues del lance con Araya, salió disfrazado en gañan para el pueblo de Curicó, en donde supo por sus amigos, que ciertos celos del juez sumariante, i no mui inciertos garrotazos que habia recibido de manos de Rodriguez, delante de la querida disputada, habian elevado su desgraciado encuentro en la trilla de Loló, a la categoría del mas alevoso i premeditado asesinato. Fué preciso, pues, resolverse a abandonar temporalmente su patria, i recorrer en calidad de pobre i desvalido fujitivo, aquellas cordilleras, i aquellas pampas, en las que tantas veces habia figurado como ladino, acaudalado i prestijioso contrabandista.

Salió pues sin mas esperar, como dicen los campesinos, en lo montado, huyendo de las cárceles i del patíbulo. Supo, al llegar a la hacienda de la Huerta, que el resguardo estaba sobre aviso para prenderle; pero para Rodriguez, un resguardo fué siempre el menor de los tropiezos; aunque tuviese, como tenia, con el de entónces, una endiablada cuenta atrasada que cancelar. Sin dar pues tregua ni descanso al jeneroso bruto que montaba; esa misma noche dejó atras al resguardo, pasando por donde él sabia que podia pasar, sin ser sentido.

No hai dineros poor empleados que aquellos que se gastan en los mentados resguardos de la cordillera; tanto por las facilidades, sin cuento, que la misma sierra ofrece en todas partes, para burlar su vijilancia, cuanto por la misma tibieza con que los tales guardianes desempeñan sus obligaciones. Mas, como parece que la actividad desplegada por los perseguidores de Rodriguez, desmintiese esta verdad, creo del caso esplicar la causa de tan raro fenómeno.

Dos años ántes de la persecucion que dejo narrada, venia de la otra banda el chileno Rodriguez, que así le llamaban entónces, con un buen cargamento de costales de tabaco. Para librarse de las asechanzas de los resguardos cordilleranos, no hai mejor arbitrio que el rodear; mas como el rodear por el tiempo que se pierde en él, perjudica muchas veces al espendio; a don Juan Antonio que sin saber el ingles, sabia que el tiempo es plata, se le ocurrió la travesura, como él decia de dejar la carga atras; de adelantar su jente, de hacerla alojar en el puesto en calidad de vendedores de ganados, de amarrar en la noche a los guardianes, de hacerles traslomar la cordillera, i de dejarlos por doce dias en depósito, en poder de la reduccion del cacique pehuenche Faipanque dueño de unos potreros al sur del rio Salado.

El obsequio de un buen caballo, regalado por órden de Rodriguez a cada uno de los prisioneros cuando se les puso en libertad, no habia sido bastante para adormecer el jérmen de ira i de venganza, que dejó en el ánimo de los protectores de la hacienda pública, tan pesada mano; i la vergüenza junto con el deseo de hacer mas segura una próxima venganza, hicieron que ni el mismo gobernador de Curicó supiese nada de lo ocurrido.

La persecucion, pues, fué tan activa, que pudo decirse que ponian ellos el pié, donde acababa de alzar el suyo el fujitivo.

Rodriguez no alojó, como se ha visto, en la Plaza de Armas del cráter del volcan de Pteroa; i prosiguió sin dar resuello a su debilitada cabalgadura, por el medio de aquel desierto de empedernido hielo, hasta que el jeneroso animal, estenuado por el cansancio i por el hambre, destrozada la piel del nacimiento de las uñas por las aristas i los filos del hielo cristalizado que rompía, arrollándose junto a un alto penitente, abandonó con vida al amo que cargaba.

Precisado a pasar allí la noche; muerto de frio, i sin poder hacer fuego, ni aun con la bosta de caballo que llevaba, como lo hacen cuantos emprenden la travesía del Planchon, por temor de ser descubierto: aquel hombre de fierro esperó el alba envuelto en los pellejos de su montura, al reparo del vientre, aun tibio, del fiel compañero que le habia conducido hasta allí, i que aun despues de muerto le cedia el último calor que le quedaba.

El primer destello del alba encontró a Rodriguez desviado del camino público, marchando a pié por uno de los senderos estra-

viados i salvadores que él conocia; envuelto el pecho con el pellon ensimero de su montura; sin mas provision que el último pedazo de charqui que devoraba; sin mas armas que aquel machete que ocasionó su desgracia, ni mas ajuar que su yesquero. Mas ¿qué podia hacer un hombre a pié, en aquellas blancas planicies para librarse de la vista de los que le perseguian bien montados? Fué, pues, encontrado cuando apénas entraba en el estrecho i peligroso sendero que faldea, por el lado del sur, el peinado farellon que afirmando su planta en un abismo, alimenta con las nieves de sus mesetas, las primeras vertientes del Salado.

¡Terrible situacion la de aquel desgraciado! Proseguir huyendo por aquel sendero, que caminado una hora ántes, le habria puesto a muchas leguas de sus enemigos, era caer indudablemente en sus manos; desviarse de él, era precipitarse en un abismo cuya hondura no podia calcularse por estar encubierta con las nieves de la última nevazon. En aquel aciago instante, el aspecto de una muerte desastrosa e inevitable se presentó a sus ojos; solo le quedaba el arbitrio de elejirla; mas para las almas de su temple, entre morir en el ignominioso patíbulo del criminal, o morir despedazado pero libre, no habia que titubear. Así es que a la primera intimacion de sus perseguidores, solo contestó con aquel espantoso salto, que llevándose tras de si los carambanos de la orilla, fué a rematar al fondo del abismo, donde se sepultó en las nieves! Rodriguez acababa con su arrojo sin ejemplo, de salvar dos veces su existencia; la una por no encontrar la nieve endurecida, i la otra porque la situacion en que se encontró en el fondo de la quebrada acertaba muchas leguas un camino que le hubiera sido imposible recorrer, debilitado como estaba, sin perecer helado.

El rapidísimo descenso de la quebrada, cuyos saltos siempre peligrosos, bajó a fuerza de brazos i dando caidas, le condujo hasta los primeros cespedes amarillentos, donde se detienen las nieves. Allí estenuado por el cansancio, por el hambre i por tan crueles emociones, se asiló en una caberna donde el calor del fuego le volvió la vida. En ella, sin mas lecho que el suelo removido con el machete, sin mas cobija que el pellon que nunca abandonó, i sin mejor almohada que su fornido aunque debilitado brazo, para defender la cabeza de los pedruscos, pasó la noche.

Colocado despues por la fortuna en situacion mas envidiable, departiendo sobre esto, me decia: que en vez de descansar aquella noche amaneció mas aniquilado que ántes; pues unas veces soñaba

que corria; otras que alcanzado, le sentaban en un banquillo; i otras que se lanzaba en el abismo!

Con la vuelta del dia, i con la seguridad de hallarse libre, no tardó este hombre singular en recobrar la totalidad de los brios, que las emociones de la noche i la pasada tormenta le habian quitado, i prosiguiendo el descenso unas veces por las orillas del rio, i otras traslomando puntillas, tuvo la suerte de ser encontrado i protegido por algunos cazadores de huanacos que recorrian aquellos contornos, i la de ser llevado en seguida, hasta dejarle bueno i sano en Chilesito de Mendoza.

---

El hombre chileno es en jeneral esencialmente andariego; para él distancias no son distancias, siempre que al cabo de ellas, llegue a divisar o mucho lucro, o mucho que admirar. Si no se le ve en todas partes, no es tanto por falta de deseo, cuanto por falta de recursos para satisfacer su natural propension.

Llenas están de chilenos las ardientes i arenosas costas bolivianas; en el Perú se encuentran por miles; i en uno i otro Estado, nadie disputa al peon chileno, la palma de la actividad, del arrojo i del trabajo: al revés de lo que le sucede en su propio país, donde no teniendo a quien lucir esas virtudes, no solo es desidioso, sino que llega a ser manso i sumiso, cuando fuera de él es siempre altanero i orgulloso.

Chilenos fueron los primeros pobladores que, corriendo en pos del bellocino de oro, pisaron las encantadas playas de California. En ellas la afeminacion i el ocio aparente de algunos hijos de las primeras familias de Santiago, se transformaron, bajo el solo influjo de un cielo extranjero, en envidiables tipos de arrojo i de trabajo. Los he visto, con la risa en los labios, trocar el roce del guante de suave cabritilla, por el áspero de la barreta del gañan; la camisa de hilo, el lucido chaleco i el vistoso levita de fino paño, por una simple i burda camisa de áspera lana. Los he visto dormir en el suelo sin mas abrigo que un *sarápe*, ni mas almohada que el sombrero, i confiados en sus valimientos personales, desafiar impávidos al sol, al agua, al trabajo i al cansancio. En California el sentimental i petimetre santiagueño, junto con el gañan de nuestros campos, fueron alternativamente amos i sirvientes; codiciados fleteros; incansables cargadores; carpinteros, cortadores

de adobes, lavadores de oro, constructores i comerciantes. Los he visto de amos exigentes i regañones en Chile, tornarse sin esfuerzo, en modestos criados de un mulato afortunado, i desempeñar tan bien su papel, que hasta en lo ladrones se les parecian; su- pliendo con agua el meposcabo que producian sus clandestinos sorbos sobre la leche, lujo entónces, destinado para el té.

Chilenos he visto en los terribles hielos del Báltico, a inmediaciones de Cronstad, abandonar serenos, prendido en las nieves, el ouque en que servian; seguir a pié sobre el mar conjelado hasta el continente, i de allí venir de cárcel en cárcel, hasta llegar a Hamburgo, desde donde tuve ocasion de repatriarles. Los he visto, mui sueltos de cuerpo, echar bravatas sobre un muelle de Burdeos, donde acababan de desembarcar, aunque se encontraban en el mas completo aislamiento de relaciones, tan serenos i resueltos como si aun estuviesen sobre el de San Carlos de Ancud. He visto chilenos acaudalados, malbaratar a manos llenas sus caudales en todas las capitales de la Europa, sin cuidarse del porvenir; chilenos mui pobres buscando con confianza i con fé, en sus propios talentos el prestigio i la honra que dan en aquellos centros de civilizacion, el mejoramiento de las ciencias i de las artes; i chilenos simples marineros i desertores ademas, atravesar contentos la Francia a pié, desde Burdeos hasta el Havre, para buscar otro buque donde servir. Chileno fué aquel atrevido marino aventurero que siguió a Cockrane a la Grecia: chilenos son los infinitos viandantes que, alforjas al hombro i garrote en mano, se encuentran a cada paso en los boquetes de los Andes, aprovechando del verano para ir a pié, en busca de una yunta de novillos de amansa, o de un caballo para su montura; i chilenos tambien los pobladores de cuantos *chilesitos* se alzan al pié oriental de nuestros Andes.

Volviendo a mi propósito; estos *chilesitos* que ni siquiera merecen el nombre de villorrios, por no ser mas que una informe aglomeracion de casuchos, de fincas i de solares colocados sin órden ni concierto; son siempre el primer asiento hospitalario, que se ofrece a la vista del chileno que atraviesa los Andes, en sus inmediaciones.

Colonias naturales que la necesidad i el acaso han ido formando; los *chilesitos* de ultra-cordillera no son otra cosa, que un compuesto de pobladores chilenos afincados i ambulantes, en el cual, casi siempre, alternan por iguales partes, el hombre de bien i el hombre de mal. I no es de estrañar; porque siendo las cordille-

ras de los Andes en su costado oriental, o el refugio del malvado, o el asilo i la recompensa del trabajador; así busca ese sagrado el criminal, como lo busca el que no lo es.

Chilesito de Mendoza fué el lugar en donde los compasivos cazadores de huanacos, dejaron al pobre perseguido. Una ruin cocina de un tal Cubillos, poco tiempo despues subalterno i amigo de Rodriguez, fué el primer peldaño de la escala que elevó al poder absoluto al desvalido fujitivo, para quien ese chiquero era entónces un palacio.

Pobre i aislado entónces; sin mas caudal que sus brazos; sin mas porvenir que la carrera del crimen que ancha i florida se ostentaba a su vista, en un centro en donde tanto alcanzaba el valor personal i el derecho del mas fuerte; Rodriguez que no habia nacido para criminal, supo dominarse, i resignado, ofreció sus servicios en calidad de peon gañan a Cubillos, en cuya casa pasó los primeros meses de su destierro.

No tardó Cubillos en saber quién era el robusto i sumiso peon que le servia; i avergonzado se apresuró en darle una habilitacion para que negociase en espendio de licores. Desde entónces, activando su pequeño negocio, nunca dejó de verse al chileno Rodriguez en San Vicente, en San Cárlos, en Lujan, en Chilesito de Mendoza i en cuantos puntos podian ser propicios a impulsar la venta de la rica *Pichanga*, que él solo sabia aclarar. En estas i otras correrías, fué donde poco a poco se dió a conocer i a estimar de todos; i donde con esta estimacion echó los primeros cimientos del cariño i del respeto que nunca dejaron de tenerle aquellas sencillas jentes. Rodriguez no solo era querido como amigo; lo era también como juez inexorable e imparcial; pues en varias ocasiones ocurrían a él como si fuese juez de hecho, i de sus sentencias nunca se apelaba; no faltando casos en los que el tal juez derribase a palos a una de las partes, cuando sospechaba que le faltaba al respeto.

La fama i nombradía del chileno, no tardó en alcanzar al palacio de aquel fraile feroz i despiadado, que parece que el infierno habia vomitado sobre la desgraciada provincia de Mendoza. Rodriguez ya cansado con el oficio de vender licores i electrizado con la relacion de los brillantes hechos de armas, de sus propios amigos, en la guerra civil de la República; deseaba entrar en el ejército. Apénas, pues, supo que el fraile jeneral deseaba conocerle, cuando se presentó a él i le pidió servicio en calidad de soldado

raso. El aspecto atlético del recluta; su fisonomía franca i resuelta, así como su modesta aspiracion; bastaron a aquel sagaz caudillo para conocer, como lo espresó despues, *que un hombre como Rodriguez era lo que hacia tiempo que buscaba*. En efecto, habíale bastado un solo rato de conversacion con Rodriguez, para descubrir en él la lealtad del perro, virtud que desconocia en el hombre: la fuerza i vijilancia del presero, tan necesaria entónces; i junto con un carácter impetuoso, la inocente sencillez del niño. Propúsose desde entónces hacerse dueño absoluto de su voluntad; i puede asegurarse que ninguna empresa fué coronada con un éxito mas feliz. Rodriguez solo era Rodriguez, cuando sus acciones i sus pensamientos no tenian relacion con las acciones i los pensamientos de su protector i padre, como él le llamaba; mas cuando sucedia lo contrario, aquel huaso jeneroso i valiente, dejaba de ser quien era, para transformarse en una fraccion física i moral de Aldao, colocada a mas o ménos distancia de su centro.

Rodriguez en vez de ser admitido como soldado raso, fué desde luego incorporado entre los oficiales de la guardia privada del jeneral i favorecido con demostraciones i preferencias que ofendian a sus camaradas.

Alarmada la oficialidad por el repentino favor del nuevo camarada, procuraron hacerle el servicio insoportable; pero Rodriguez en un teatro mas análogo al suyo, fué tanto lo que les dió en que entender, que estuvieron varias veces a punto de ensangrentar sus reuniones, i así sucediera, si el recuerdo de la catástrofe de Chile, no contuviese el iracundo brazo del ex-vendedor de licores.

Seguro del cariño de Aldao, a quien llamó desde entónces su padre, así como aquél lo distinguiera con el nombre de hijo, procuraba con la lealtad del ciego i entusiasta agradecimiento, una ocasion siquiera de *hacerse descuartizar* por su bienhechor. No se presentó este extremado caso; pero no le faltaron medios de servirle esponiéndose; porque quien busca los peligros los encuentra, i porque talvez sean ellos una de las pocas cosas de que se pueda disfrutar sin disputa entre los hombres.

Súpose que varias tribus de nuestros Muluches infestaban las pampas i que unidos a los batidores del caudillo Baigorria, estaban devastando la Provincia, i amagaban a San Carlos desde la desierta i peligrosa frontera de San Rafael, que confina con la Patagonia. Rodriguez ofreció salirle al encuentro, poner en pié de defensa la abandonada frontera, i aun mantenerse en ella si fuese

preciso. Así lo verificó, i esto le valió el título de capitán del fuerte de San Rafael.

Desde aquel momento comenzó la vida de nuestro soldado aventurero a revestirse del carácter público, con que se le vió tantas veces figurar en los sangrientos encuentros de la guerra intestina, pero no siendo nuestro propósito seguirle en ella sino el referir lisa i llanamente aquellos rasgos sobresalientes de la vida íntima, del proscrito hijo de Quiahue, nos bastará decir ántes de continuar; que no hubo en aquella guerra mortal i fratricida, hombre que mas prodigase su vida en los crueles encuentros donde le llamaba el deber i el amor a su jefe. Rodriguez casi no tenia en el cuerpo un solo lugar que no exhibiese o el rastro de una lanza o el de una bala.

Pero quien creyere que Rodriguez, en vida del jeneral Aldao, haya hecho [algo sin mandato de su jefe, o tenido una sola idea que no haya sido sujerida por él; formará del carácter público de este hombre singular el juicio mas equivocado. Rodriguez no ha sido mas que lo que es en todo tiempo un soldado valiente: su consigna era obedecer, i obedecia sin preguntar por qué. Si a esto se agrega que Aldao, *despues de Dios*, era para él la suprema perfeccion, i que hasta adivino llegaba a ser; era evidente que para Rodriguez, no mandaba ni podia mandar cosa que no fuese justa i necesaria. De aquí aquella mezcla de sensibilidad i de inexorable firmeza, con que ejecutaba hasta los menores deseos de su jenio tutelar: de sensibilidad, porque el corazon de Rodriguez nunca fué cruel; de inexorable firmeza, porque tal era el carácter que le imponia el deber de obedecer; pero no de aquella inflexibilidad cruel que se goza en el tormento de sus semejantes, sino de aquella que nace del profundo convencimiento, de la conciencia íntima, de que lo que se hace, es necesario i justo.

Encontrándome departiendo con él en su nueva residencia de San Rafael, me acababa de pasar con su franqueza de soldado la mitad de una hermosa sandia que él mismo habia partido; cuando entraron en el aposento dos soldados, conduciendo, maniatado, a un prisionero, cuyo aspecto repugnante me impresionó. Era su estatura mediana i contrahecha, pero fornida; cetrino el color de su semblante i su mirar traidor; una honda cicatriz, producida, al parecer, por un tajo que llevándole parte de la nariz, solo se detuvo en la quijada, daban al todo de aquel desgraciado un aspecto repelente e indescriptible. Rodriguez, quien pareció reco-

nocerle, alzándose de su asiento, dijo estas palabras: «Oiga! ¿Con que eras tú, Godoisito no? Ñato bribon, al cabo habias de caer en mis manos!» I dirijiéndose en seguida a los soldados, agregó: «llévenlo pues, por allá lejito, donde el amigo don Vicente ni yo oigamos nada, i despues al rio, que ni cristiano es siquiera!»

Aterrado yo con este inesperado lance, no pudiendo, ni conservar en las manos la sandia, la coloqué con desaliento sobre la mesa; lo cual visto por Rodriguez, lanzándose fuera de la sala gritó que trajesen de nuevo al reo a su presencia, agregando al volver a mi lado: «don Vicente, Ud. no sabe lo pícaros que son estos desertores; pero ya que le he oido decir tantas veces a Ud. que es una gran virtud el perdonar; porque no hemos de ser virtuosos tambien por acá?» Llegado el reo a su presencia: «desaten ese,» dijo, «híncate bellaco a los piés de este caballero; ya estás libre, i has de cuenta que jamas te he visto!»

Mas, si este caudillo, a quien llaman bandido atroz los unitarios, perdonaba con tanta facilidad delitos de muerte cuando solo dependia de su corazon el hacerlo; no era, ni con mucho, lo mismo, cuando sucedia lo contrario; porque habiendo recibido poco tiempo despues orden terminante, aunque equivocada, de hacer matar a uno de sus mejores soldados; lo mandó ejecutar, llorando, recojiendo al mismo tiempo bajo su amparo, a la viuda e hijos de aquel desgraciado.

Era, pues, el capitan Rodriguez ménos cruel de lo que se dice, i por esto se ve que nunca encabezó sus cartas con el lema aterrador *Viva la Confederacion Arjentina, mueran los salvajes unitarios*; sino con este de su indisputable creacion: *Viva la fé de Cristo i la razon!*

---

El encarnizado antagonismo que reinaba entre los partidos Unitario i Federal, habia llegado a tal extremo, poco ántes de la muerte de Quiroga, que hasta la salvadora palabra Cuartel habia perdido su significado. Muchos unitarios de San Luis i de Mendoza perseguidos con tenacidad, habian buscado asilo en el seno de las indiadas Ranquenches que, obedeciendo a un tal Baigorria, infestaban con frecuentes escursiones, no solo los contornos de sus guaridas, sino tambien los mas lejanos lugares, sembrando en todas partes la desolacion i el espanto.

Sin embargo, entre tanta atrocidad solia de tarde en tarde venir al amparo del crédito de la humanidad, tal cual rasgo de virtud privada, que hacia reconciliarse con él.

Al sur de la ciudad de San Luis, con un cuarto de inclinacion al oeste, yace la laguna del Bebedero, donde arrojan sus aguas al terminar su curso, el Tunuyan i el Diamante. El territorio comprendido entre la laguna i el pueblo, casi desierto entónces, exhibia de cuando en cuando i a grandes distancias, tal cual ranchon o enramada hechas con toscas ramas de algarrobos, mas bien para indicar que aquellos campos, dedicados a la crianza de ganados, tenian dueños, que para servir de residencia fija a sus respectivos propietarios.

En una oscura noche del mes de marzo de 1843, a la luz de dos hermosas fogatas, una de estas rústicas enramadas reflejaba sus contornos en las blancas aguas que terminan en la playa septentrional del Bebedero. A la luz de la fogata del lado izquierdo, se veian algunos soldados recién desmontados, que parecian disponerse a vivaquear en aquel lugar; i que a juzgar por sus trajes i por la naturaleza de sus desiguales armas, mas parecian bandidos que soldados. Divisábanse tambien entre ellos algunos heridos; pero esto no perturbaba ni la alegre charla, ni las risas, ni las maldiciones de los demas, miéntras lo disponian todo para el descanso.

Dentro de la enramada, a la luz de los fuegos, que dejaba pasar la mala cerca de algarrobo que hacia veces de pared en ella, se divisaba atado de pies i manos i sentado en el suelo, a un hombre de estatura aventajada, de rostro blanco i de anchos vigotes rojos, al parecer herido, pues tenia el cuello envuelto con un pañuelo ensangrentado; i cerca de él, a un soldado armado con tercerola i puñal.

Al amor de la segunda fogata departian solos, el jefe de la partida i su lugarteniente; i tanto tenia de apuesta i de simpática la figura del primero, cuanto de antipática la del segundo, puesto que a mas de lo pequeña i de lo contrahecha llevaba en la cara amarillenta, el rastro de un antiguo tajo que se la hacia aun mas repugnante de lo que era en sí.

—«¿Diste tus órdenes Godoi?» dijo el primero al segundo.

—Sí, mi teniente: lo que es un resuello para los caballos, i unas cuatro horas de descanso para la tropa, cosa de que el lucero nos encuentre a caballo, i nada mas:

—¡Qué buen tiro, eh!

—¡Vaya pues!

—¿Escaparía alguno? No sea que estos...

—¡Vaya! ¡Ya que iban a escapar! En cuanto no mas *voló* Ud. al chileno de un balazo, los que iban disparando castigando a dos *verijas* se nos vinieron como perro a bofe encima, para llevarse el cuerpo; pero contra lanza i abanico no hai *tutía*; ahí quedaron no mas todos.

—Ahora me alegro que no haya muerto ese chileno intruso; ya se acabó el perro bravo del fraile. ¡Qué buen *tútano*; va a sorberse Baigorria! ¿I está bien asegurado?

—¡Vaya pues! mi teniente lo ató con sus propias manos.

—No descuidarse; yo voi aunque sea a despuntar un sueño.

—Ya están todos roncando, justo es que descanse Ud. tambien, mi teniente.

Un instante despues todo habia pasado del movimiento a la quietud; las fogatas fueron poco a poco consumiéndose, i el silencio que en todas partes reinaba, solo era interrumpido, por el grito de las aves acuáticas del lago; por el violento resoplido que lanzaban de cuando en cuando los caballos atados al rededor del campamento, i por el tardo paso de la centinela de vista que vijilaba al prisionero.

Al segundo canto del gallo, la presencia de tres hombres armados en la entrada de la enramada, dió a entender al desgraciado cautivo que sus momentos eran ya contados; pero se equivocaba: era el reten del relevo; prisioneros como él, solo debian morir delante de Baigorria. Para mayor seguridad, el que hacia de jefe, entró en la enramada a registrar en persona sus ligaduras. El prisionero sin poderse dar cuenta de lo que iba a ocurrir, sintió con estremecimiento, que le oprimian el hombro con dulzura, que re- vanaban las cuerdas de cuero que ataban a la espalda sus cuasi adormecidas manos; i que dejaban sin saber como en ellas un puñal.

Rodriguez que ya se habrá conocido al prisionero en él, conmovido con lo que le acaba de pasar; sin poderse dar cuenta de dónde podia haberle venido tan inesperado auxilio; atrajo bajo el poncho sus ligados piés, cortó con convulsa mano las amarras, i dando tiempo al restablecimiento de la circulacion de la sangre: lanzarse sobre el descuidado centinela; derribarle de un poderoso *cachazo* en la frente; saltar por sobre él, i precipitarse al lago fué todo

uno. A los gritos del derribado, todos recuerdan i en confuso tropel, siguiendo al cabo Godoi que los anima, corren precipitados dejando tranquila atras la codiciada presa. Rodriguez entónces saliendo apresurado del fango donde estaba sumerjido, se lanza en pelo sobre el mejor caballo de los que allí estaban atados; i atropellando a dos heridos que quisieron oponerse a su fuga, desapareció como un celaje por entre la oscuridad i la densa niebla que se alzaba de la superficie del lago.

Dos años despues en mi tercer viaje a San Rafael, Rodriguez refiriéndome este suceso, agregaba: «¡el hacer bien nunca se pierde!» La bala le habia entrado cerca de la garganta, i sin saber como se habia alojado sin matarle junto a la nuca. En San Rafael ni cosa habia que pareciese a cirujano; así es que sin un nuevo arrojito de este hombre singular, difícil es que hubiera podido contar este suceso. Aburrido el huazo colchahuino con la fiebre i el dolor que le ocasionaba semejante huésped; se dió con el puñal i a tientas, un peligroso tajo, i corriendo con fuerza la mano de adelante para atras *¡allá fué a dar esa moledera!*

---

La muerte de Aldao, considerada por Rodriguez como la mayor calamidad que pudo recaer sobre la Provincia de Mendoza, cambió enteramente el carácter i las tendencias de su protejido.

San Rafael fué convertido desde entónces en el centro de un nuevo gobierno, sometido solo en el nombre a las autoridades de Mendoza. Aumentó sus fuerzas, alistando entre sus soldados cuantos chilenos llegaban al fuerte, bien fuese impelidos por la pobreza, bien por sus crímenes; se proveyó de caballada, armas i de municiones, i a la sombra de su actitud imponente, esperó confiado el porvenir. Los pueblos de San Vicente, Lujan, San Carlos i Chilesito, atraídos por sus liberalidades, se pusieron tácitamente bajo su inmediata proteccion, i aunque sometidos en el nombre a sus autoridades locales, no conocian mas jefe ni mas autoridad que *el chileno Rodriguez, padre de todos los cuyanos honrados.*

Era, en efecto, este soldado aventurero, el supremo tribunal a donde acudian en último resultado los agraviados en las sentencias dadas por los juzgados de la provincia. Por intrincada que pareciese la cuestion, la resolvía en el acto, daba oídos al primer querellante que se le presentaba, i sobre su sola relacion daba ver-

balmente su irrevocable fallo. Tal era la íntima convicción en que estaba, de que aquellos *ladrones*, según él llamaba a los empleados públicos, no habían de hacer más que cosas arrevesadas, que con tal que la sentencia suya fuese diametralmente opuesta a la que habían dado aquellos, ya la tenía i reputaba por justa i santa.

Las autoridades de Mendoza, no encontrándose aun bastante poderosas, para arrostrar la desobediencia armada del alzado chileno, calculando donde podría conducirse su conocido arrojo, comenzaron, desde entónces, a minar sibilosas su poder, i como se vió despues, lo consiguieron, porque en Rodriguez no se hallaba un ápice de cabeza, porque en él, todo era corazón.

Hacia tiempo que yo sospechaba estas maniobras; tiempo hacia también, a que sin parecer tomar parte activa en cuanto veía, procuraba combatir en él la idea de vengar los agravios que, a puño cerrado, creía que se hacían a la memoria de Aldao; hasta que al fin me abrió entero su corazón.

Era Rodriguez supersticioso, sin ser fanático; creía con la fé del carretero, en brujos i en apariciones; i aquel corazón que nunca se inmutó ante las lanzas enemigas, temblaba, como el de un niño, ante todo lo que olía a sobrenatural.

Refirióme que paseando solo una noche por las orillas del Diamante, a donde había ido a llorar sin que nadie le viese, la muerte de Aldao, su ídolo i su padre, había visto alzarse sobre las tranquilas aguas de aquel río, a un fraile vestido con hábitos blancos, que le hacía señas para que se acercase. Yo señor, me decía, sentí que me empujaban hácia aquella aparicion, como si ella fuera un lampalagua: pasé sin saber, como por sobre el cercado de un huerto que está a la orilla del agua, acercándome cada vez más a aquel fantasma que, con los brazos abiertos, señalaba con el derecho la pampa oriental, i con el izquierdo mis piés; iba a caer al río, cuando siento que me sujetan i me arañan una pierna! No sé como no me caí muerto en aquel lugar, de susto!... Cuando volví en mí, ya todo había desaparecido, i me encontré todo clavado en un matorral de rosas donde había caído... ¿Qué será esto, señor don Vicente, Ud. que es tan leído i que ha viajado tanto? ¿No será algun aviso del cielo? porque es menester que sepa, que poco ántes de morir mi padre, me llamó a su lado, i estrechándome la mano, me dijo:

«Hijo mio, si muero, véndelo todo i vete a tu tierra, o sino marcha en el acto con tus soldados i ponte al servicio inmediato del

Dictador. Si te quedas, desconfía de todos los mendocinos, te matarán.»

Proféticas fueron, por desgracia, para aquel soldado aventurero, esas últimas palabras de aquel fraile cruel, pues no tardó mucho tiempo su funesta realizacion.

Rodriguez, al terminar aquel relato, saltó como lanzado por un resorte de su asiento, e hirguiendo su imponente frente, dijo con voz entera estas palabras, que me helaron de espanto: No obedezco, ni quiero obedecer, mientras esté vivo uno solo de los detractores de Aldao; yo les probaré a esos baguales que gobiernan en Mendoza, que así viejo como está Rodriguez, puede todavía quebrantarles el lomo!

El abatimiento que sigue a la exaltacion, no tardó en apoderarse de ese corazon henchido de agradecimiento, i volvió a sentarse silencioso, fija la vista, sin pestañar en el horizonte. Pobre amigo! trabajaba en ese instante su mente el convencimiento de su impotencia intelectual para llevar a cabo sus propósitos! Muerto Aldao, aquella alma inquieta vagaba incierta de proyecto en proyecto, buscando con ansia, alguna amiga intelijencia que dirijiendo la marcha de sus poderosos medios de accion, los hiciesen fructuosos.

Tomóme en seguida de la mano, i dirijiéndose a nuestros caballos ensillados que esperaban afuera, nos entramos silenciosos en la pampa. Poco despues se detuvo i alzando el brazo con direccion al sur me dijo: «Patron, ¿alcanza a ver allá abajo el nevado?...Ese es el Gigante. Dé vuelta ahora su caballo, i mire Ud. al rededor suyo, hasta donde le alcance la vista... ¿Vió tambien a San Rafael?... Míreme ahora las manos, i en vez de manos me exhibió por decirlo así dos manoplas... ¿Servirá de algo todo esto?... Pues bien, todo cuanto ha visto es suyo; quédese conmigo; no vuelva a Chile!» Confieso que espantado con tan estremosa demostracion de jenerosidad, cuyo propósito ya no admitia duda para mí, me dejó inapto para contestarle de pronto. Rodriguez entónces interpretando mal mi indecision agregó: «sé que todo esto no es gran cosa para hombres acostumbrados a regalos, como lo es Ud.: pero entiéndame bien; todo esto no es mas que un estribo que le alcanzo, para que se afirme en él i suba a ocupar el puesto que ocupaba mi jeneral!»... Mas, lo único que pude comprender fué que estando ya en posesion de semejante secreto, mi permanencia en aquellos lugares se habia hecho de todo punto insostenible.

Agotados los medios de persuasion para disuadirle de tan desca-

bellado propósito, le hice consentir en la importancia de un viaje mio a Chile, i con la promesa de no dar paso ninguno ántes de mi vuelta, me custodió con cien lanzas hasta el pié de las nieves. Allí le hice presente cuan rodeado estaba de traidores i de asechanzas; que no fiase sus secretos ni a su almohada; que continuase obediente como leal militar, i sobre todo, que no diese paso ninguno subversivo, sino me encontraba yo a su lado, i héchole prometer todo esto, dí, con el desconsuelo, del que pierde la esperanza, al pobre amigo, el último abrazo que debia recibir de mí en el mundo!

---

Rayaba apénas el año de de 1848, mes i medio despues de mi salida de Mendoza, cuando llegó a Chile la noticia de un poderoso movimiento militar, que organizado en San Rafael, amagaba derrocar las autoridades constituidas de la Provincia de Mendoza, marchando amenazador sobre la capital: i mui pocos dias despues, que el jefe que la encabezaba, traicionado i vencido cerca de Lujan, habia sido alcanzado en su fuga cerca de las Yaretas i entregado al brazo del verdugo! Los careados huesos de Araya, vengado por la mano del destino, debieron estremecerse en su sepulcro!

Así murió a los 74 años de edad, despues de una vida henchida de borrascas, el valiente huaso de Quiahue: la espada mejor templada del despiadado fraile Aldao, Rodriguez, cuya memoria será siempre grata a los Sur-Sancarleños de Mendoza; cuyos recuerdos vivirán, miéntras vivan los campos de batalla donde lució su espada el antiguo i prestigioso jefe de la frontera patagónica de San Rafael, a quien sus enemigos llamaron atroz bandido i sus amigos padre amoroso de la jente honrada.

VICENTE PEREZ ROSALES.

---